

## CAPÍTULO IV.

### EL ORO.

He aquí lo que pasaba detrás de aquellas cortinas :  
Primeramente Beausire había quedado sorprendido de ver cerrar aquella puerta con cerrojo.

Luego lo quedó de oír á la señorita Oliva gritar tan fuerte.

En fin, lo quedó también de entrar en el cuarto y no hallar allí á su feroz rival.

Pesquisas, amenazas, llamadas : puesto que el hombre se ocultaba, era prueba de que tenía miedo ; y si tenía miedo, era porque Beausire triunfaba.

Oliva le forzó á cesar en sus pesquisas y á responder á sus preguntas.

Beausire, tratado con aspereza, habló recio á su vez.

Oliva, que sabía no era ya culpable puesto que había desaparecido el cuerpo del delito, gritó tan alto que, para hacerla callar, le tapó Beausire ó quiso tapparle la boca con la mano.

Pero se equivocó ; pues Oliva, dando diverso sentido al ademán enteramente persuasivo y conciliador de Beausire, á aquella mano rápida que se dirigía á su cara opuso otra mano tan diestra y tan ligera como lo había sido no hacía mucho la espada del desconocido.

Esta mano paró en cuarta y tercera súbitamente, partió á fondo y se descargó sobre la mejilla de Beausire

Beausire le contestó con un bofetón de flanco que, abatiendo las manos de Oliva, le resonó estrepitosamente en su carrillo izquierdo y se lo dejó como un ascua.

Este era el pasaje de la conversación que había oído el desconocido en el momento de retirarse.

Una explicación principiada de ese modo llegó pronto á un desenlace ; pero un desenlace, por bueno que sea de presentar, necesita una multitud de preparativos para ser dramático.

Oliva respondió al sopapo de Beausire con un proyectil pesado y peligroso : con un jarro de loza. Beausire respondió al proyectil con el molinete de un bastón que despedazó muchas tazas y una bujía, y fué á dar contra el hombro de la joven.

Esta, furiosa, saltó sobre Beausire y le apretó el gáznate. De consiguiente forzoso fué al desventurado agarrarse de lo que pudo hallar de la amenazante Oliva.

Le rasgó un vestido, y Oliva, sensible á esta afrenta y á esta pérdida, soltó la presa y envió á Beausire rodando por medio del cuarto.

Se levantó echando espuma por la boca, pero como el valor de un enemigo se mide por la defensa, y la defensa se hace siempre respetar, hasta del vencedor, Beausire, que había concebido mucho respeto hacia Oliva, anudó la conversación verbal en el punto en que la había dejado.

— Eres una criatura infame, que me estás arruinando, le dijo.

— Tú eres el que me arruinas á mí, replicó Oliva.

— ¡ Oh ! yo la arruino á ella ! ¡ á esta miserable que no tiene nada !

— Df que ya no tengo nada ; df que has vendido y comido, bebido y jugado cuanto yo tenía.

— ¿ Y te atreves á echarme en cara mi pobreza ?

— ¿ Por qué estás pobre ? Por tus vicios.

— Yo te corregiré de todos los tuyos de una vez.

— ¿ Apaleándome ?

Y Oliva blandía unas tenazas muy pesadas cuyo aspecto hizo recular á Beausire.

— Sólo te faltaba ya echarte cortejos, dijo.

— Y tú ¿ cómo llamas á todas esas perdidas que se sientan á tu lado en garitos donde pasas los días y las noches ?

— Yo juego para comer.

— Y lo logras lindamente, pues nos morimos de hambre. ¡ Á fe mía que la industria es admirable !

— Y tú, con la tuya, te echas á llorar cuando te rasgan un vestido porque no tienes con que comprar otro. ¡ Bella industria, pardiez !

— ¡ Mejor que la tuya ! exclamó Oliva furiosa.

— Y si no ¡ aquí está la prueba !

Y sacó de su bolsillo un puñado de oro que arrojó por el cuarto.

Los luises fueron rodando y saltando por el suelo, ocultándose unos bajo los muebles, y continuando otros sus evoluciones sonoras hasta debajo de las puertas. Los otros, en fin, se detuvieron fatigados haciendo relucir sus efigies como lentejuelas de fuego.

Cuando Beausire oyó esta lluvia metálica sonar sobre la madera de los muebles y sobre el pavimento del cuarto, apoderóse de él como un vértigo, ó mejor diremos como una especie de remordimiento.

— ¡ Luises ! ¡ dobles luises ! exclamó aterrado.

Oliva tenía en la mano otro puñado de este metal, y lo arrojó á la cara y las manos abiertas de Beausire, que quedó medio ciego.

— ¡ Oh, oh ! volvió á exclamar. ¡ Es rica esta Oliva !

— He ahí lo que me produce mi industria, replicó cínicamente Oliva separando con una furiosa patada el oro que estaba por el suelo y á Beausire que se arrodillaba para recogerlo.

— Diez y seis, diez y siete, diez y ocho, decía Beausire jadeando de alegría.

— ¡ Miserable ! dijo entre dientes Oliva.

— Diez y nueve, veintiuno, veintidós.

— ¡ Cobarde !

— Veintitrés, veinticuatro, veintiséis.

— ¡ Infame !

Sea que hubiese oído este apóstrofe, ó bien que se hubiese avergonzado sin oírlo, Beausire se levantó, y dijo con un tono tan serio á que nada podía igualar en lo cómico :

— ¿ Conque, señorita, hacíais vuestros ahorros privándome á mí de lo necesario ?

Oliva, enfadada, no halló que responder.

— ¿ Conque, prosiguió el perillán, me dejabais correr por esas calles con unas medias raídas, con un sombrero desteñido, y toda mi ropa hecha jirones, mientras guardabais los luises en vuestra hucha ? ¿ De dónde vienen estos luises ? De las prendas más que he vendido al asociar mi triste destino al vuestro.

— ¡Bribón! murmuró en voz baja Oliva.

Y le lanzó una mirada llena de desprecio, pero Beausire no se espantó.

— Os perdono, dijo, no vuestra avaricia, sino vuestra economía.

— ¡Y hace un momento queríais matarme!

— Hace un momento tenía razón, ahora no la tengo.

— ¿Y por qué? si queréis decirme.

— Porque ahora sois una verdadera mujer de gobierno, que miráis por la casa.

— ¡Os digo que sois un miserable!

— ¡Olivita mía!

— ¡Y vais á devolverme ese oro en el acto!

— ¡Prenda mía!

— Me devuelves el dinero, ó si no te atravieso el cuerpo con tu espada.

— ¡Oliva!

— ¿Sí, ó no?

— No, Oliva, no consentiré jamás que me atraveses el cuerpo.

— No te muevas, ó te atravieso. ¡El dinero!

— Dámelo.

— ¡Ah, soez! ¡criatura vil! ¡tú solicitas y mendigas los beneficios de mi mala conducta! ¡He ahí lo que se llama un hombre! ¡Yo he despreciado siempre á todos! ¡á todos! ¿lo oyes? ¡y aun más al que da que al que recibe!

— El que da, repuso con gravedad Beausire, puede dar, y es dichoso. Yo también te he dado á ti, Nicole.

— No quiero que se me llame Nicole.

— Perdona, Oliva. Te decía que cuando tenía también yo te había dado.

— ¡Valientes dádivas! Unos pendientes de plata, seis luises de oro, dos vestidos de seda y tres pañuelos bordados.

— Y es mucho para un soldado.

— ¡Cállate! aquellos pendientes los habías robado á alguna otra para regalármelos; los luises de oro te los habían prestado, y jamás los has pagado; los vestidos de seda...

— ¡Oliva, Oliva!

— ¡Devuélveme el dinero!

— ¿Cuánto quieres en retorno?

— El doble.

— Pues bien, acepto, dijo el perillán gravemente. Voy á jugar en la calle de Bussy y te traeré no el doble sino el quíntuplo.

Y dió dos pasos en dirección de la puerta, pero Oliva le agarró por un faldón de la casaca que estaba ya muy pasada.

— ¡Bueno! exclamó Beausire, ¡me has desgarrado la casaca!

— ¡Tanto mejor, pues así tendrás otra nueva!

— ¡Seis luises, seis luises! Afórtunadamente que en la calle de Bussy los banqueros y los apuntes no son rigurosos en materia de trajes.

Oliva agarró tranquilamente el otro faldón de la casaca y lo arrancó; Beausire se puso furioso.

— ¡Por vida de todos los diablos! exclamó. ¡Tú vas á hacer que te mate! ¡Pues no me deja en cueros la pícaral! Yo no puedo salir de este modo.

— Al contrario, vas á salir en seguida.

— ¡Estaría decente sin casaca!

- Te pondrás la levita de invierno.
- ¡ Llena de agujeros y remiendos !
- Si no quieres, no te las pondrás, pero vas á salir.
- No lo esperes.

Oliya sacó de su bolsillo todo el oro que le quedaba, que sería como unos cuarenta luisés, y los hizo saltar entre sus dos manos juntas.

Beausire estuvo á punto de volverse loco, y arrodillándose otra vez :

- ¡ Ordena ! le dijo. ¡ Ordena !
- Te vas corriendo al almacén del Capuchino Mágico, calle del Sena, donde se venden dominós para el baile de máscaras.
- ¿ Y después ?
- Me tomarás uno completo, con careta y medias iguales.
- Bien está.
- Para ti, tómate uno negro ; el mío que sea de raso blanco.
- Corriente.
- No te doy más que veinte minutos para hacerlo.
- ¿ Vamos al baile ?
- Ni más ni menos.
- ¿ Y luego me llevas al baluarte á cenar ?
- De seguro ; pero con una condición.
- ¿Cuál ?
- De que seas obediente.
- ¡ Oh ! en todo.
- Entonces, pronto, da pruebas de tu celo.
- Voy corriendo.
- ¡ Cómo ! ¿ aun estás aquí ?

- ¿ Pero el gasto ?...
- Tienes veinticinco luisés.
- ¡ Cómo ! ¿ Tengo veinticinco luisés ? ¿ Y de donde quieres que los saque ?
- De los que has recogido.
- ¡ Oliya, Oliya ! Esto no está bien.
- ¿ Qué quieres decir ?
- Oliya, estos me los habías dado.
- No digo que no los tendrás ; pero si te los diese ahora, no volverías. Así marcha y vuelve pronto.
- ¡ Pardiez que tiene razón ! dijo el tunante un poco confuso. Tenía pensado no volver.
- ¿ Veinte minutos, ¿ lo oyes ? gritó Oliya.
- Ya te obedezco.

En este momento el criado emboscado en el nicho que estaba frente á las ventanas, vió desaparecer uno de los interlocutores. Era Beausire, que salía con una casaca sin faldones, detrás de la cual se balanceaba insolentemente la espada, mientras que la camisa se afollaba sobre la chupa como en tiempo de Luis XIII.

Mientras que el pelele se dirigía á la calle del Señá, Oliya escribió rápidamente en un papelito estas palabras que resumían todo el episodio :

« Se ha firmado la paz, la repartición está hecha, y el baile está adoptado. Á las dos estaremos en la Ópera. Yo llevaré un dominó blanco, y en el hombro izquierdo una cinta de seda azul. »

Oliya enrolló el papel alrededor de un cacho de la jarra de loza y echó el billete á la calle. El criado se arrojó á la presa, la recogió y huyó.

Es casi cierto que Beausire no tardó más de treinta

minutos en volver con dos aprendices de sastré que traían, por diez y ocho luises, dos dominós de exquisito gusto, como los que se hacían en el Capuchino Mágico, en la tienda del hábil maestro proveedor de S. M. la reina y de las damas de honor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPÍTULO V. "ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

LA CASITA.

Hemos dejado á madama de La Motte en la puerta del hotel, siguiendo con la vista el coche de la reina que desaparecía rápidamente.

Cuando su forma cesó de ser visible, cuando dejó de percibirse el ruido de sus ruedas, Juana entró á su vez en su símón y volvió á su casa para tomar un dominó y otra máscara, y para ver al mismo tiempo si no había ocurrido ninguna novedad en su domicilio.

Madama de la Motte se había prometido refrescar en aquella venturosa noche todas las emociones del día; había resuelto, como mujer fuerte que era, el hacer el soltero, como se dice vulgar y expresivamente, y de consiguiente ir á respirar sola las delicias de lo imprevisto.

Pero tropezó con un contratiempo al dar el primer paso en ese camino tan seductor para las imaginaciones vivas y reprimidas largo tiempo.

En efecto, la estaba aguardando un lacayo sin librea en el cuarto del portero.

Ese lacayo pertenecía á la servidumbre del príncipe de Rohán y traía de parte de Su Eminencia un billete concebido en estos términos :

« Señora condesa,

« Sin duda no habréis olvidado que tenemos negocios que arreglar juntos. Tal vez tenéis la memoria flaca, pero yo jamás olvido lo que me ha agradado.

« Tengo el honor de aguardaros en el punto adonde os conducirá el portador, si lo tenéis á bien. »

El billete estaba firmado con la cruz pastoral.

Madama de La Motte, contrariada al principio por este contratiempo, reflexionó un instante, y tomó su partido con la rapidez de decisión que le caracterizaba.

— Subid con mi cochero, dijo al lacayo, ó dadle las señas.

El lacayo subió al pescante con el cochero, y madama de La Motte entró en el coche.

Bastaron diez minutos para llevar á la condesa á la entrada del arrabal de San Antonio, en un terreno recientemente allanado donde unos grandes árboles, antiguos como el mismo arrabal, ocultaban á todas las miradas una de esas lindas casitas del tiempo de Luis XV, construidas con el gusto exterior del siglo xvi y con la incomparable comodidad del siglo xviii.

— ¡ Oh, oh ! ¡ Una casita ! murmuró la condesa. Es muy natural de parte de un gran príncipe, pero muy humillante para una Valois... ¡ En fin !...

Esta palabra, de que la resignación ha hecho un suspiro, ó la impaciencia una exclamación, revelaba toda la devorante ambición y la loca codicia que se abrigaba en su corazón.

Pero no bien había pasado del umbral de la puerta cuando ya estaba tomada su resolución.

Condujéronla de pieza en pieza, esto es, de sorpresa en sorpresa, hasta una salita de comedor del más exquisito gusto, donde halló al cardenal solo y aguardándola.

Su Eminencia estaba hojeando unos folletos muy parecidos á una colección de esos libelos que en aquella época llovían á millares, cuando el viento soplabá de Inglaterra ó de Holanda.

Á su vista, se levantó el cardenal, y dijo :

— ¡ Ah ! estáis aquí, gracias, señora condesa.

Y se acercó para besarle la mano.

La condesa retrocedió con un aire desdenoso y de ofendida.

— ¡ Qué es eso ! exclamó el cardenal, ¿ qué es lo que tenéis, señora ?

— No estáis acostumbrado, ¿ es verdad, monseñor ? á ver semejante cara en las personas á quienes Vuestra Eminencia hace el honor de llamar aquí.

— ¡ Oh ! señora condesa !...

— Estamos en vuestra casita, ¿ no es verdad, monseñor ? dijo la condesa echando en torno de sí una mirada desdenosa.

— Pero, señora...

— Yo esperaba, monseñor, que Vuestra Eminencia se dignaría recordar la condición de mi nacimiento. Esperaba se dignaría recordar que si Dios me ha hecho pobre, á lo menos me ha dejado el orgullo de mi rango.

— ¡Vamos, vamos, condesa! yo os había tomado por una mujer de talento, dijo el cardenal.

— Al parecer vos, monseñor, llamáis mujer de talento á toda mujer indiferente, que se ríe de todo, hasta de su deshonra; á esas mujeres, perdone Vuestra Eminencia, yo he contraído la costumbre de darles otro nombre.

— No, condesa; vos os engaños; yo llamo mujer de talento á toda la que escucha cuando le hablan, ó que no habla antes de haber escuchado.

— Ya escucho; veamos.

— Tenía que hablaros de asuntos serios.

— ¿Y para eso me hacéis venir á un comedor?

— Sin duda, ¿habrías preferido que os aguardase en un retrete, condesa?

— Es delicada la distinción.

— Así lo creo, condesa.

— Según eso; ¿no se trata más que de cenar con monseñor?

— Nada más que de eso.

— Persuádase Vuestra Eminencia que agradezco ese honor cual debo.

— ¿Os burláis, condesa?

— No, lo que hago es reirme.

— ¿Os reís?

— Sí. ¿Preferís que me enfade? ¡Ah! según veo sois difícil de contentar, monseñor.

— ¡Oh! cuando os reís estáis hechicera, y nada desearía tanto como veros siempre reir. Pero en este momento no os reís; ¡no! detrás de esos hermosos labios que descubren los dientes hay cólera.

— Ni poca ni mucha, monseñor; y el comedor me tranquiliza.

— Me alegro infinito.

— Y espero que cenaréis bien.

— ¿Cómo es eso de cenaré bien? ¿Y vos?

— ¿Yo? yo no tengo hambre.

— ¡Cómo, señora! ¿vos no queréis cenar conmigo?

— ¿Qué decís? si os place.

— ¿Vos me echáis de aquí?

— No os comprendo, monseñor.

— Escuchad, querida condesa.

— Escucho.

— Si estuviéseis menos enojada, os diría que por más que hagáis no podéis menos de ser encantadora; pero como á cada obsequio temo ser despedido, me abstengo.

— ¡Vos teméis ser despedido! Perdona Vuestra Eminencia, monseñor, si os digo que os hacéis incomprensible.

— Sin embargo, lo que está pasando es muy claro.

— Dispensad mi aturdimiento, monseñor.

— Pues bien; el otro día me habéis recibido con mucho embarazo, diciéndome que tenéis una habitación poco decente para una persona de vuestro rango y nombre. Eso me forzó á abreviar mi visita, y además os ha puesto algo fría conmigo. Entonces he pensado que el colocaros en vuestro centro, en vuestras condiciones de vida, era restituir el aire al pájaro colocado por el físico dentro de la máquina pneumática.

— ¿Y entonces?... preguntó la condesa con ansiedad, porque principiaba á comprender el negocio.

— Entonces, bella condesa, para que pudieseis recibirme con franqueza, para que de mi parte pudiese yo venir á visitaros sin comprometerme, ó sin comprometeros á vos misma...

El cardenal miraba fijamente á la condesa.

— ¿Y bien? preguntó ésta.

— Y bien; he esperado que os dignaríais aceptar esta estrecha casa. Ya comprendéis, condesa, no digo esta casita.

— ¿Aceptar yo? ¿Vos me dais esta casa, monseñor? exclamó la condesa, cuyo corazón latía de orgullo y de avidez á un tiempo.

— Muy poca cosa, condesa; demasiado poca cosa; pero si os diese más, no habríais aceptado.

— ¡Oh! ¡ni mucho ni poco, monseñor! dijo la condesa.

— ¿Decís, señora?

— Digo que es imposible que acepte semejante regalo.

— ¡Imposible! ¿Y por qué?

— Porque es imposible, he ahí la razón.

— ¡Oh! no pronunciéis esa palabra cerca de mí, condesa.

— ¿Por qué?

— Porque yo no quiero creerla estando á vuestro lado.

— ¡Monseñor!...

— Señora, esta casa os pertenece; las llaves están ahí en una bandeja de plata sobredorada. Os trato como á un triunfador. ¿Veis también una humillación en esto?

— No, pero...

— Vamos, aceptad.

— Monseñor, ya os lo he dicho.

— ¡Cómo! ¡y vos escribís á los ministros solicitando una pensión, vos aceptáis cien luises de dos señoras desconocidas! ¡vos!

— ¡Oh! monseñor, eso es muy diferente. Quien recibe...

— Quien recibe obliga, condesa, repuso noblemente el

príncipe. Ved, os he aguardado en vuestro comedor, y ni siquiera he visto vuestro retrete, ni los salones, ni los cuartos, aunque supongo que hay todo esto.

— ¡Oh! monseñor; perdonad; porque me forzáis á confesar que no hay en el mundo hombre más delicado que vos.

Y la condesa, reprimida por tanto tiempo, se ruborizó de placer al pensar que iba á poder decir: Mi casa.

Luego, advirtiendo de súbito que se dejaba arrastrar de sus impulsos, á un movimiento que hizo el príncipe:

— Monseñor, dijo retrocediendo un paso, ruego á Vuestra Eminencia que me dé de cenar.

El cardenal se sacó una capa de que aun no se había desembarazado, acercó una silla para la condesa, y vestido de un traje de calle que le sentaba á las mil maravillas, dió principio á su oficio de mayordomo.

En un momento se halló servida la cena.

Mientras que los lacayos penetraban en la antesala, Juana había vuelto á ponerse su careta.

— Yo soy el que debería ponerse una máscara, dijo el cardenal, porque vos estáis en vuestra casa, en medio de vuestros criados, mientras yo soy aquí extraño.

Juana se echó á reír, pero no por eso se quitó su máscara. Y á pesar del placer y la sorpresa que la sofocaban, hizo honor á la cena.

El cardenal, como hemos dicho repetidas veces, era hombre de gran corazón y de un talento verdadero.

El largo trato de las cortes más civilizadas de Europa, de las cortes gobernadas por reinas, el trato de las mujeres que en aquella época complicaban, y á menudo resolvían también todas las cuestiones políticas; esa experiencia



transmitida, por decirlo así, por la vía de la sangre y multiplicada por un estudio personal; todas esas cualidades tan raras hoy, y que ya lo eran entonces, hacían del príncipe un hombre difícil de sondear por los diplomáticos sus rivales, ó por las mujeres sus queridas; porque sus delicados modales y su exquisita urbanidad eran una coraza en que nada podía hacer mella.

Así, el cardenal se creía muy superior á Juana; esa provinciana henchida de pretensión y que, bajo su falso orgullo, no había podido ocultarle su avidez, le parecía una conquista fácil, duradera sin duda á causa de su hermosura, de su talento, y de no sé qué incentivo que seduce mucho más á los hombres ya gastados que á los hombres sencillos. Quizás en esa ocasión el cardenal, más difícil de penetrar que penetrador era, se engañaba; pero lo cierto es que Juana, aunque hermosa, no le inspiraba ninguna desconfianza.

Esto fué la pérdida de ese hombre superior; no sólo se hizo menos fuerte de lo que era, sino que se hizo un pigmeo; de María Teresa á Juana de La Motte era demasiado grande la diferencia para que un Rohán de ese temple se tomase el trabajo de luchar.

Así, una vez empeñada la lucha, Juana, que sentía su inferioridad aparente, se guardó bien de dejar ver su superioridad real; hizo siempre el papel de la provinciana coqueta, se hizo la pobre mujer para conservarse un adversario, confiado en su fuerza, y por consiguiente débil en sus ataques.

De consiguiente el cardenal, que había sorprendido en ella todos los movimientos que no había podido reprimir, la creyó encantada del regalo que acababa de hacerle; y

lo estaba efectivamente, porque el regalo no sólo era superior á sus esperanzas, sino á sus pretensiones.

Sólo que olvidaba que era él quien sera inferior á la ambición y al orgullo de una mujer como Juana.

Lo que por otra parte disipó la embriaguez de Juana, fué la sucesión de nuevos deseos sustituidos inmediatamente á los antiguos.

— Vamos, dijo el cardenal sirviendo á la condesa un vaso de vino de Chipre en una copita de cristal con estrellas doradas; vamos, ya que habéis firmado vuestro contrato conmigo, no me pongáis ceño, condesa.

— ¡Yo poneros ceño! ¡Oh! no.

— ¿Luego me recibiréis algunas veces aquí sin repugnancia?

— Jamás seré tan ingrata que olvide que aquí estáis en vuestra casa, monseñor.

— ¿En mi casa? ¡qué locura!

— No, no; en vuestra casa, os repito que en vuestra casa.

— ¡Ah! tened cuidado, porque si me contrariáis...

— Y bien; ¿qué sucederá?

— Os voy á imponer otras condiciones.

— ¡Ah! tened vos cuidado á vuestra vez.

— ¿En qué?

— En todo.

— Explicaos.

— Estoy en mi casa.

— ¿Y?...

— Y si hallo vuestras condiciones irracionales, llamo á mis criados.

El cardenal se echó á reír.

- Y bien ; ya veis , prosiguió Juana.
- Yo no veo nada , replicó el cardenal.
- Sí tal , ¡ veis bien que os burlabais de mí !
- ¿ Por qué lo decís ?
- Porque os echáis á reir.
- Me parece que es el momento.
- Sí , es el momento , porque sabéis bien que si yo llamase mis criados no vendrían.
- ¡ Oh ! sí tal , ¡ que el diablo me lleve !
- ¡ Puf ! monseñor...
- ¿ Qué es lo que he hecho ?
- Habéis jurado , monseñor.
- Aquí no soy cardenal , condesa ; es decir , estoy en buena fortuna.
- Y se echó á reir de nuevo.
- Vamos , dijo para sí la condesa , decididamente es un hombre excelente.
- Ahora que me acuerdo , dijo de súbito el cardenal como si una idea muy distante de su alma acabase de penetrar en ella por casualidad , ¿ qué me decíais el otro día de aquellas dos damas de Caridad , aquellas dos alemanas ?
- ¿ De aquellas dos señoras del retrato ? replicó Juana que , habiendo visto á la reina , se puso en guardia y estaba dispuesta á la respuesta.
- Sí , de aquellas señoras del retrato.
- Monseñor , dijo madama de La Motte mirando al cardenal , apuesto á que conocéis el retrato tan bien y aun mejor que yo.
- ¿ Yo ? ¡ Oh ! condesa , me hacéis un agravio , ¿ No habéis manifestado el deseo de saber quienes son ?

- Sin duda ; me parece que es muy natural el desear conocer á sus bienhechoras.
- Pues bien ; si yo supiese quiénes eran , ya lo sabríais vos también.
- Señor cardenal , os digo que conocéis á esas señoras.
- No.
- Decid otra vez no , y os llamo embustero
- ¡ Oh ! yo me vengaré del insulto.
- ¿ Cómo ? si gustáis decirme.
- Abrazándoos.
- Me parece que el señor embajador cerca de la corte de Viena , el gran amigo de la emperatriz María Teresa , ha debido reconocer el retrato de su amiga , á menos que no sea parecido.
- ¡ Cómo ! condesa , ¿ era verdaderamente el retrato de María Teresa ?
- ¡ Oh ! haceos el disimulado , señor diplomático.
- Y bien ; aun cuando así fuese , aun cuando yo hubiese reconocido á la emperatriz María Teresa , ¿ qué sacaríais de eso ?
- Que habiendo reconocido el retrato de María Teresa , debéis tener alguna sospecha acerca de las mujeres á quienes pertenece ese retrato.
- Pero ¿ por qué queréis que yo sospeche nada ? dijo el cardenal bastante inquieto.
- ¡ Diantre ! porque no es muy común el ver un retrato de madre ; porque , notad bien que ese retrato es un retrato de madre y no de emperatriz , en otras manos que las de...
- Acabad.
- Que en las de una hija.
- ¡ La reina ! exclamó Luis de Rohán , con una voz que...

dad en la entonación, que engañó á Juana. ¡La reina!  
¿Habría ido S. M. á vuestra casa?

— ¡Cómo! ¿no habéis adivinado que era ella?

— ¡Dios mío! no, dijo el cardenal en un tono muy natural; no, en Hungría es costumbre que los retratos de los príncipes reinantes pasen de familia en familia. Así, yo que os estoy hablando, por ejemplo, no soy hijo ni aun pariente de María Teresa, y sin embargo traigo conmigo un retrato suyo.

— ¿Con vos, monseñor?

— Mirad, dijo con frialdad el cardenal.

Y sacó de su bolsillo una caja de rapé que enseñó á Juana confundida.

— Bien veis, añadió, que si yo tengo este retrato, yo que, como os decía, no tengo el honor de ser de la familia imperial, muy bien puede otro que yo haberlo olvidado en vuestra casa, sin ser por eso de la augusta casa de Austria.

Juana calló, pues aunque tenía todos los instintos de la diplomacia, le faltaba aun la práctica.

— Así, según vuestra opinión, prosiguió el príncipe Luis, ¿fué la reina María Antonieta quien ha estado á visitaros?

— La reina con otra señora.

— ¿Con madama de Polignac?

— No sé.

— ¿Con madama de Lamballe?

— Con una joven muy bella y muy seria.

— ¿Sería acaso la señorita de Taverney?

— Es posible, pero no la conozco.

— Entonces, si S. M. ha estado á visitaros, estáis segura de la protección de la reina, y es ese un gran paso para vuestra fortuna.

— Así lo creo, monseñor.

— ¿S. M., perdonad esta pregunta, ha estado generosa con vos?

— Como que me ha dado cien luises.

— ¡Oh! S. M. no está rica, sobre todo en estos momentos.

— Un motivo que dobla mi gratitud.

— ¿Y os ha manifestado un interés particular?

— Un interés bastante vivo.

— Entonces todo va bien, dijo el prelado pensativo y olvidando á la protegida para pensar en la protectora. De consiguiente no os queda más que una cosa que hacer.

— ¿Cuál?

— Penetrar en Versalles.

La condesa se sonrió.

— ¡Ah! no hay que disimulárnoslo, condesa, en esto está la verdadera dificultad.

La condesa volvió á sonreirse, pero de una manera más significativa que la primera.

El cardenal se sonrió á su vez.

— Veo que vos, las señoras de provincia, no dudáis nunca de nada, dijo. Porque habéis visto á Versalles con verjas que se abren y escaleras que se suben, ya os figuráis que cualquiera abre esas verjas y sube esas escaleras. ¿Habéis visto todos los monstruos de bronce, de mármol ó de plomo que guarnecen el parque y los terrados de Versalles, condesa?

— Sin duda que los he visto, monseñor.

— Hipógrifos, quimeras, gorgonas, gurias, y otros animales maléficós, que hay allí á centenares... Pues bien; figuraos diez veces más de animales dañinos entre los

príncipes y sus beneficios que monstruos fabricados habéis visto entre las flores del jardín y los pasantes.

— V. E. me ayudaría perfectamente á pasar por entre las filas de esos monstruos si ellos me cerrasen el paso.

— Procuraré hacerlo, pero mucho me ha de costar. Y primeramente si pronunciais mi nombre, si descubris vuestro talismán, al cabo de dos visitas, os será ya inútil.

— Afortunadamente, dijo la condesa, de ese lado estoy bien guardada por la protección inmediata de la reina, y si penetro en Versalles, penetraré con la llave buena.

— ¿Con qué llave, condesa?

— ¡Ah! señor cardenal, ese es un secreto mío... No, me equivoco, si fuese un secreto mío os lo diría, porque no quiero tener nada oculto para mi más amado protector.

— ¿En eso hay un pero, condesa?

— ¡Ay! sí, monseñor; hay un pero; mas como no es un secreto mío, lo guardo. Básteos saber...

— ¿Qué?

— Que mañana iré á Versalles, que seré recibida, y tengo fundados motivos para esperar que hasta seré bien recibida, monseñor.

El cardenal miró á la joven, cuyo aplomo le parecía una consecuencia un poco directa de los primeros vapores de la cena.

— Condesa, dijo, ya veremos si entráis.

— ¿Llevaréis la curiosidad hasta el punto de mandar que me sigan?

— Exactamente.

— Pues no me desdigo.

— Desde mañana desconfiad, condesa, pues declaro vuestro honor interesado en entrar en Versalles.

— En los pequeños aposentos, sí, monseñor.

— Os aseguro, condesa, que sois para mí un enigma viviente.

— ¿Uno de esos pequeños monstruos que habitan en el parque de Versalles?

— ¡Oh! supongo que me creéis hombre de gusto, ¿no es verdad?

— ¡Oh! de seguro, monseñor.

— Pues bien; como me veis aquí á vuestros pies, y tomo y beso vuestra mano, no podéis creer que yo pongo mis labios sobre unas garras, ó mi mano sobre una cola de pescado con escamas.

— Os suplico, monseñor, recordéis que yo no soy una *griseta* ni una actriz de Ópera, dijo fríamente Juana. Es decir, que me pertenezco enteramente á mí, cuando no pertenezco á mi marido, y que, sintiéndome igual á todo hombre en este reino, me tomaré libre y espontáneamente, el día que se me antoje, el hombre que haya sabido agradarme. Así, monseñor, respetadme un poco, y de ese modo respetaréis la nobleza á que pertenecemos ambos.

El cardenal se levantó.

— Vamos, dijo, vos queréis que yo os ame seriamente.

— No digo eso, señor cardenal, pero yo quiero amaros á vos. Creedme; cuando llegue el momento, si es que llega, lo adivinaréis fácilmente; y en el caso de que no le percibáis, yo os lo haré saber, porque me siento bastante joven y bastante pasadera para temer hacer las primeras proposiciones, y un hombre honrado no me rechazará.

— Condesa, dijo el cardenal, os aseguro que si sólo depende de mí, vos me amaréis.

— Allá veremos.

- Ya me profesáis amistad, ¿no es verdad?
- Algo más.
- ¿Verdaderamente? Entonces, nos hallamos ya á medio camino.
- No midamos el camino con la toesa, y marchemos.
- Condesa, sois una mujer á quien yo adoraría...
- Y exhaló un suspiro.
- ¡Á quien yo adoraría! repitió Juana sorprendida. ¿Si...
- Si vos lo permitieseis, se apresuró á responder el cardenal.
- Monseñor, quizás os lo permitiré cuando la fortuna me haya sonreído bastante tiempo para que os dispenséis de arrojaros á mis pies tan pronto y de besarme las manos tan prematuramente.
- ¿Cómo?
- Sí, cuando yo me halle en una esfera superior á vuestros beneficios, no sospecharéis que yo busco vuestras visitas por algún interés, y entonces se ennoblecerán vuestras miras sobre mí, ganando yo en ello sin que vos perdáis.
- Y dicho esto se levantó, pues se había sentado para enjaretar mejor su moral.
- Entonces, dijo el cardenal, me encerráis en imposibilidades.
- ¿Por qué?
- Porque me impedís el hacer os la corte.
- Nada de eso. ¿Acaso no hay otro medio de hacer la corte á una mujer que el de la genuflexión y la prestidigitación?
- Principemos á lo vivo, condesa. ¿Qué queréis permitirme?
- Todo lo compatible con mis gustos y mis deberes.

- ¡Oh, oh! eso es escoger los terrenos más vagos que hay en el mundo.
- Habéis hecho mal en interrumpirme, monseñor, pues iba á añadir un tercer terreno.
- ¡Dios de bondad! ¿Cuál?
- El de mis caprichos.
- ¡Soy perdido!
- ¿Retrocedéis?
- En este momento, el cardenal sufría menos la dirección de su pensamiento interior, que el hechizo de su provocativa encantadora.
- No, respondió, yo no retrocedo.
- ¿Ni ante mis deberes?
- Ni ante vuestros gustos y caprichos.
- ¿La prueba?
- Hablad.
- Quiero ir esta noche al baile de la Ópera.
- Eso es cosa que os concierne á vos, condesa, pues sois libre como el viento, y no veo qué os puede impedir ir al baile de la Ópera.
- Un momento; no habéis oído más que la mitad de mi deseo; la otra es que vos también vengáis á la Ópera.
- ¡Yo! ¡Á la Ópera yo!... ¡Oh, condesa!...
- Y el cardenal hizo un movimiento que, si bien muy sencillo para un particular cualquiera, era un salto prodigioso para un Rohán de su calidad.
- ¡Buen modo de procurar complacerme! dijo la condesa.
- Condesa, un cardenal no va al baile de la Ópera; eso sería como si yo os propusiese á vos el entrar en..... un fumadero público.

— Un cardenal no baila tampoco, ¿es verdad?

— ¡Oh!... no.

— Pues bien; entonces ¿cómo es que he leído que el señor cardenal de Richelieu había bailado una zarabanda?

— Delante de Ana de Austria... sí, dijo el príncipe.

— Delante de una reina, es verdad, repitió Juana mirándole. Y bien, vos haríais quizás eso por una reina.

El príncipe no pudo menos de ruborizarse, á pesar de lo hábil y fuerte que era.

Sea que la maligna criatura tuviese compasión de su embarazo, ó bien que entrase en sus miras el no prolongar su situación incómoda, se apresuró á añadir:

— ¿Cómo no había de ofenderme yo á quien estáis haciendo tantas protestas, al ver que me estimáis en menos que á una reina, cuando se trata de disfrazarse con un dominó y una careta, de dar en mi corazón, con una complacencia que yo no podría reconocer bastante, uno de esos pasos de gigante que vuestra famosa toesa de hace un momento no alcanzaría á medir jamás?

El cardenal, muy contento de verse libre á tan poca costa, y especialmente de esa perpetua victoria que la destreza de Juana le dejaba alcanzar en cada atolondramiento, se arrojó á la mano de la condesa y la estrechó diciendo:

— ¡Por vos lo haré todo, hasta lo imposible!

— ¡Gracias, monseñor! el hombre que acaba de hacer ese sacrificio por mí, es un amigo muy precioso; ahora que aceptáis el sacrificio, os dispenso de él.

— ¡No, no! Solo puede reclamar el salario aquél que ha desempeñado su tarea. Condesa, os acompaño, pero con dominó.

— Vamos á la calle de San Dionisio, que está inmediata

á la Ópera; entraré yo enmascarada en un almacén donde compraré un dominó y una careta para vos, y os disfrazaréis en la misma carroza.

— Condesa, ¿sabéis que es una partida encantadora?

— ¡Oh! monseñor, sois para mí de una bondad que me llena de confusión... Pero, ahora que me acuerdo, puede que en el hotel de Rohán halle Vuestra Excelencia un dominó más de su agrado que el que vamos á comprar.

— Esa es una malicia imperdonable, condesa. Si voy al baile de la Ópera, debéis creer una cosa.

— ¿Qué cosa, monseñor?

— Que me sorprenderé tanto de verme allí, como vos os sorprendisteis de cenar mano á mano con otro hombre que vuestro marido.

Juana conoció que no tenía nada que responder, y le dió las gracias.

Una carroza sin escudo de armas vino á la puerta de la casa á recibir á los dos fugitivos, y tomó al gran trote el camino del baluarte.

## CAPÍTULO VI.

### ALGUNAS PALABRAS SOBRE EL TEATRO DE LA ÓPERA.

El teatro de la Ópera, ese templo del placer en París, se había quemado en el mes de junio de 1781.

Bajo sus escombros habían perecido veinte personas, y como era la segunda vez que sucedía esa desgracia en el trascurso de diez y ocho años, el sitio habitual de la Ópera, es decir, el Palacio Real, había parecido fatal á los placeres parisienses, y de consiguiente se había trasladado, por una orden del rey, á un barrio menos central.

Siempre tuvo muy preocupados á los vecinos esa ciudad de tela y madera blanca, de cartones y pinturas. La Ópera sana y salva inflamaba los corazones de los rentistas y las personas de calidad, y sacaba de su centro los rangos y las fortunas. La Ópera en combustión podía destruir un barrio, y aun toda la ciudad; solo se necesitaba una ráfaga de viento.

El sitio escogido fué la Puerta de San Martín. El rey, pesaroso de ver que su buena ciudad de París iba á quedarse sin Ópera por largo tiempo, se puso triste como se

ponía siempre que no se realizaban las llegadas de granos, ó que el pan pasaba del precio de siete sueldos por cuatro libras.

Era digno de ver á toda la antigua nobleza, á todos los jóvenes togados, y á todos los hombres de espada y de hacienda, desorientados por ese vacío de la tarde, y era también digno de ver errantes por los paseos á las divinidades sin asilo, desde el espalder hasta la primera cantatriz.

Para consolar al rey, y también un poco á la reina, fué presentado á S. M. un arquitecto llamado M. Lenoir, que prometía el oro y el moro.

Este hombre galante tenía planes nuevos, un sistema de circulación tan perfecto que, aun en caso de incendio, no podía ahogarse nadie en los pasadizos, pues abría ocho puertas á los fugitivos, sin contar un primer piso con cinco espaciosa ventanas tan bajas, que los más cobardes podrían saltar al baluarte sin temer más que alguna dislocación.

Para reemplazar el hermoso teatro de Moreau y las pinturas de Durameaux, M. Lenoir daba un edificio de 96 pies de fachada sobre el baluarte, adornado con ocho cariátidas arimadas á los pilares para formar tres puertas de entrada y ocho columnas descansando sobre el basamento; además un bajo relieve encima de los capiteles, y un balcón con tres corredores adornados con archivoltas.

El escenario debía tener 36 pies de boca, el teatro 72 pies de fondo sobre 34 de ancho, desde una pared á otra.

Debía haber salones de descanso adornados con espejos, y de una decoración sencilla, pero noble.

En todo lo ancho del teatro, bajo la orquesta, M. Lenoir debía dejar un espacio de 12 pies para contener un inmenso receptáculo y dos cuerpos de bombas á cuyo servicio debían destinarse veinte guardias franceses.

En fin, para colmar la medida, el arquitecto pedía setenta y cinco días con setenta y cinco noches para entregar el teatro al público sin una hora de más ni de menos.

Este último artículo pareció una gasconada, y excitó mucho la risa al principio, pero el rey hizo un cálculo con M. Lenoir y concedió cuanto se pedía.

M. Lenoir se puso á la obra y cumplió su promesa, terminando el teatro en el plazo convenido.

Pero entonces el público, que nunca está satisfecho ó tranquilo, se puso á reflexionar que el teatro estaba hecho de madera, único medio de construir pronto, pero que la prontitud era una condición de enfermedad, y que de consiguiente el nuevo teatro de la Ópera no era sólido; y cuando estaba acabado, nadie quiso entrar en ese teatro por el que tanto habían suspirado, que los curiosos habían visto tan bien elevarse viga por viga, en ese monumento que todo París había ido á ver crecer cada día fijando en él de antemano su plaza. Los más atrevidos, los locos, retuvieron un billete para la primera representación de *Adela de Ponthieu*, música de Piccini, pero al mismo tiempo hicieron su testamento.

Visto lo cual, el arquitecto desconsolado recurrió al rey, que le sugirió una idea.

— Los medrosos de Francia son los que pagan, dijo S. M.; esos os darían gustosos diez mil libras de renta y se harían asfixiar en la prensa, pero no quieren arriesgarse á morir ahogados bajo las ruinas de los techos. Dejarme los primeros é invítad á los valientes que no pagan. La reina me ha dado un Delfín, y la ciudad está rebosando alegría. Mandad anunciar que en celebridad del nacimiento de mi hijo, la Ópera se estrenará con una función gratuita, y si

dos mil quinientas personas reunidas, esto es, trescientas mil libras por un término medio, os bastan para probar la solidez, rogad á toda esa gente alegre que se zarandee y salte un poco, pues ya sabéis, M. Lenoir, que se quintuplica el peso cuando cae de una altura de cuatro pulgadas. Vuestros dos mil y quinientos valientes pesarán un millón quinientas mil libras si los haceis bailar.

— ¡Gracias, señor! dijo el arquitecto.

— Pero antes pensadlo bien, porque será mucho peso.

— Señor, estoy seguro de mi obra, y yo mismo asistiré á ese baile.

— Yo, replicó el rey, os prometo asistir á la segunda representación.

El arquitecto siguió el consejo del rey: se cantó la ópera de *Adela de Ponthieu* en presencia de tres mil plebeyos que aplaudieron más que si fueran reyes.

Esos plebeyos accedieron muy gustosos á bailar después de la Ópera y se divertieron en extremo decuplicando su peso en vez de quintuplicarlo; pero nada se movió.

Si alguna desgracia había que temer habría sido en las representaciones siguientes, porque los nobles medrosos llenaron el teatro, aquel mismo teatro á cuyo baile se dirigían, tres años después de su apertura, el señor cardenal de Rohán y madama de La Motte.

Tal era el preámbulo que debíamos á nuestros lectores: ahora volvamos á nuestros personajes.